



Horizontes y desafíos de descolonización en Bolivia¹

*José Luis Saavedra**

Algunos antecedentes

En Bolivia, desde el 18 de diciembre de 2005 y, de manera formal, desde el 22 de enero de 2006, hay una situación política prácticamente inédita. Inédita en el sentido que, después de tres siglos de colonialismo y cerca de dos siglos de vida republicana, por primera vez en nuestra historia tenemos un gobernante indígena, don Evo Morales. Este contexto plantea una serie de desafíos, posibilidades y, también, problemas y es de estos tres aspectos que, ahora, me gustaría hablar.

Un primer tema importante, ¿por qué es tan novedoso que un indígena sea presidente de la República? No debería ser nada extraordinario en un país como Bolivia, mayoritariamente indígena que, según el censo (si bien se puede discutir los indicadores del censo, desde la propia posibilidad de la auto-adscripción étnica en un contexto tan profundamente colonial) cuenta con un 62,5 % de población indígena. En estas condiciones, con tal peso demográfico indígena, debería ser absolutamente normal que un o una indígena pueda ser presidente. Pero, como esto recién ha ocurrido ahora, después de 180 años de vida republicana, sin duda que es un evento extraordinario, reitero, como posibilidad, desafío y, también, problema.

Un segundo tema significativo es el carácter extraordinario de las circunstancias políticas que ahora estamos viviendo en Bolivia y que tiene

* Intelectual *qulla* y ex viceministro de Educación Superior de Bolivia.

1 Versión revisada de la intervención en el Encuentro Internacional “Insurgencias políticas epistémicas y giros de-coloniales” organizado por el Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, del 17 al 19 de julio, 2006.

que ver con la dura, durísima persistencia de antiguas estructuras de dominación colonial, profundamente ancladas en la organización de la sociedad, la economía, la política, la cultura, la educación, en fin de todo. Un proceso de dominación colonial que tiene una profunda relación con los transcurso de la racialización de los pueblos indígenas y, algo que aprendí en diálogo con los hermanos afrodescendientes, también de los pueblos negros. El desarrollo de la racialización, que jerarquiza, que subalterniza los conocimientos, los saberes y las tecnologías de estos pueblos y comunidades, es el eje fundamental de los procesos de dominación colonial. Y éste es nuestro principal desafío, ¿cómo revertir esta situación, cómo desracializar la economía, la política, la gestión pública, etc? Después de casi cinco siglos de haber vivido y sufrido esta condición colonial, no es fácil revertir procesos sociales y culturales de tan larga duración.

Los desafíos del presente

¿Cómo llegamos al contexto que ahora estamos viviendo en Bolivia? Muy brevemente quiero referirme a ello, sin ir muy lejos y sin desconocer que, obviamente, hay antecedentes de lucha y resistencia indígenas que se remontan al momento mismo de la invasión colonial, allá por 1538, al territorio del *Qullasuyu*, que es como se denominaba propiamente el actual espacio territorial de Bolivia.

El escenario presente tiene una aceleración a partir del año 2000, especialmente desde los meses de febrero y abril. En ese momento se genera una dinámica de movilizaciones sociales, particularmente indígenas, sumamente intensas, y que no solamente son levantamientos reivindicativos, aferrados a las clásicas demandas campesinas, sino que son insurrecciones que empiezan a enarbolar verdaderos proyectos políticos.

Entre las iniciativas más visibles, que se han ido perfilando a partir del año 2000, están los proyectos políticos liderizados, en el ámbito más propiamente aymara, por Felipe Quispe y cuyo ideario fundamental es la reconstitución, el restablecimiento y la reinstauración del *Qullana suy*, que no significa simplemente, como suele leerse muy fácilmente (desde una perspectiva moderna), un retorno a lo arcaico, sino que más bien tiene que ver con la visión cíclica indígena, es decir con el *Pachakuti*. Este es un proyecto que tuvo su mayor empuje en los años 2002 y 2003,



pero que después empezó a tener sus propias dificultades, sobre todo por problemas de liderazgo.

El otro proyecto político que emerge en esta lucha intensa de los pueblos indígenas, es el liderizado por Evo Morales, el actual presidente, cuyas raíces políticas son mucho más amplias que el solo anclaje aymara, tiene que ver más bien con un pensamiento nacionalista, incluso con un tinte izquierdista, y que tiene sus bases en el movimiento de los cultivadores de la hoja de coca. Este movimiento se ha ido radicalizando por el efecto mismo de la represión imperialista, de la presencia militar –directa– del gobierno norteamericano a través de la DEA, que estableció bases militares o cuarteles en los propios espacios de los productores de la hoja de coca, es decir en el Chapare y los Yungas. Este enfrentamiento directo con el propio imperialismo es el que generó una radicalización cada vez más rápida del movimiento cocalero, que logró constituirse no solamente como organización sindical, sino también como un movimiento político, ahora denominado *Movimiento al Socialismo*.

Esta situación tuvo un desenlace electoral logrando una mayoría votante, algo inédito en la historia de Bolivia, ya que por primera vez, en cerca de dos siglos de vida republicana, un presidente logra acceder al gobierno (no precisamente al poder) por vía de elecciones, con más del 54% del voto nacional, algo –reitero– inédito, sobre todo desde la instauración del voto universal. A partir de la llegada del presidente Morales al gobierno, empieza a gestarse una dinámica también muy novedosa y original de gestión pública, denominada de descolonización. Esto es realmente significativo porque creo que es la primera vez que, en el conjunto de la historia latinoamericana, un gobierno asume la perspectiva de la descolonización como horizonte de política pública.

Por los caminos de la descolonización

Si bien la descolonización como discurso, como horizonte político, no es nuevo en el contexto contemporáneo de Bolivia, los movimientos kataristas e indianistas de los años 70 y 80 anclaron su accionar político en la denuncia de la continuidad del colonialismo (interno) y en la necesidad de superar la condición colonial del país. Más aún, don Fausto Reinaga, un connotado pensador indianista, ya venía, desde los años 60, hablando de descolonización. Pero esta discursividad no dejaba de ser



marginal, ya sea por estar estrictamente acotada a los términos indígenas o campesinos, o reclusa en el mundo académico. Es a partir de la llegada de Evo Morales al gobierno, cuando la descolonización empieza a posicionarse como horizonte de política pública y esto es quizás, lo más interesante de lo que ahora está ocurriendo en Bolivia.

¿Cómo se desarrolla la descolonización?, ¿cuáles son las principales expresiones de esta política pública descolonizadora? Un primer elemento, y posiblemente el más impactante, es la nacionalización, también llamada des-neoliberalización de los recursos naturales, y cuyo eje es la reapropiación de los recursos hidrocarburíferos. ¿Por qué la centralidad de esta medida política? Como todos sabemos, durante toda la ola neoliberal, Bolivia, al igual que otros países latinoamericanos, fue prácticamente despojada de la propiedad de los recursos naturales estratégicos. Estratégicos no solo en términos económicos sino también en los de la propia vida de la población boliviana. De aquí, que una de las medidas más importantes del presidente Morales haya sido la nacionalización de los recursos naturales hidrocarburíferos, cuyos réditos se espera que puedan contribuir al bienestar del conjunto del pueblo boliviano.

Un segundo elemento, es la política de igualdad de oportunidades. Por primera vez en la historia de Bolivia, podemos ver una serie de intelectuales indígenas, quechuas y aymaras, y también de la Amazonía, que están ejerciendo funciones de gobierno. Tradicionalmente, el desempeño de las actividades de gobierno, al menos durante los 180 años de vida republicana, fue un privilegio exclusivo de la casta mestizo criolla, blancoide, con muy raras excepciones; por supuesto que, alguna vez, hubo un ministro indígena, pero en cargos absolutamente marginales (como el de “asuntos campesinos”). Y es en el contexto actual en el que podemos ver indígenas en posiciones de mando, de alta responsabilidad, entre otros, en la Cancillería, en el Ministerio de Educación, en el de Justicia, etc., y es a esto a lo que llamamos una política de igualdad de oportunidades.

A nivel de política educativa también se está gestando lo que se podría denominar la universalización de los saberes y conocimientos indígenas. Y aquí quiero hacer una aclaración: no solo se trata de incorporar o incluir contenidos indígenas en el currículo existente –esto es lo que ya intentó la reforma educativa neoliberal– sino más bien se trata de articular una propuesta curricular y una política educativa desde un horizonte



indígena y eso cambia totalmente el asunto, –como diría Walter Mignolo– no solo de los contenidos sino también de los términos de la conversación. Entonces, no es inclusión, ni siquiera es demanda de reconocimiento, es una nueva articulación, una nueva estructuración desde una perspectiva básicamente indígena. Estas son algunas de las expresiones de lo que estamos empezando a llamar políticas públicas descolonizadoras.

No obstante, estos logros iniciales también plantean problemas y aquí me gustaría compartir con ustedes algunos de los problemas que estamos teniendo. Entre muchos otros, uno de los problemas es el de la alfabetización, que es uno de los programas estrella del actual gobierno. Como se sabe, la alfabetización es no más que un código emblemático de la modernidad eurocéntrica y, por tanto, significa la supremacía (dominante) del carácter logo-céntrico de la escritura sobre la oralidad. ¿Qué es lo que están planteando –como alternativa– las organizaciones indígenas en este momento?, que por lo menos sea una alfabetización de doble vía, es decir que los blanco-mestizos también se alfabeticen en los saberes y conocimientos indígenas, en las diversas y múltiples textualidades del mundo indígena (en el que la letra es solo un código más, junto a la iconografía, a los textiles, etc.). Probablemente a este nuevo contexto podríamos llamarlo interculturalidad, pero cuando realmente sea “inter”, es decir de ida y de vuelta. No solo se trata, entonces, de “letrar” a las comunidades “analfabetas”, sino también que el analfabetismo mestizo criollo pueda alfabetizarse en la cultura, en los saberes, en fin en la vida indígena en general, incluyendo el aprendizaje de las lenguas indígenas u originarias.

Otro problema es el emergente de la cuestión tierra y territorio, y en esto solo quiero señalar una contrariedad (entre varias otras). Si bien el actual gobierno boliviano tiene varios méritos y logros, la manera como se está organizando y definiendo la llamada “nueva Ley de Tierras” (no del territorio), así como “el valor de mercado de la tierra” (¿mercantilización?) e incluso las concesiones forestales, es desde una visión liberal,

...una alfabetización de doble vía, es decir que los blanco-mestizos también se alfabeticen en los saberes y conocimientos indígenas, en las diversas y múltiples textualidades del mundo indígena (en el que la letra es solo un código más, junto a la iconografía, a los textiles, etc.)



con un énfasis muy fuerte en la noción de “propietarios agrarios” (individual, individualista e individualizante), además de continuar operando desde y a partir de miradas coloniales como la de “que el Estado es el propietario originario de la tierra” y no así los pueblos indígenas, (reactivando además la antigua noción –típicamente colonial– de *enfiteusis*). Esto no corresponde, absolutamente para nada, ni a la vida, ni a la lógica histórica, ni a las percepciones políticas de las comunidades indígenas, quienes más bien reivindican los derechos colectivos de propiedad de los recursos naturales y del propio territorio.

Perspectivas y provocaciones

Una tarea básica es desprenderse de las lógicas dominantes de la modernidad, es decir de las lógicas (neo) liberales. ¿Cómo nos desprendemos de ellas? Sobre esto, hemos estado conversando largamente con el maestro Javier Sanjinés, ¿cómo trabajar políticas de descolonización en un país, como Bolivia, con un índice tan alto de pobreza, de extrema pobreza o pobreza crítica, que supera el 60% de la población? En condiciones de tanta escasez y necesidad, al parecer no hay otra opción que continuar con las medidas de modernización, como el ejercicio íntegro de las libertades fundamentales –conculcadas desde la instauración del sistema colonial– y el derecho a una plena y efectiva participación política, los derechos indígenas sobre la tierra y el territorio, especialmente el acceso a los recursos del suelo y subsuelo, la superación del racismo y la discriminación; en fin, los derechos a la ciudadanía plena, es decir a la igualdad, a la justicia, medidas modernizantes, ciertamente, pero a la vez absolutamente necesarias.

Otro asunto primordial es el que están planteando los pueblos y organizaciones indígenas para des-entrabar los problemas que tenemos en la gestión actual. Se trata de la restitución y el restablecimiento de las propias estructuras organizativas, como el *ayllu*, que es la unidad básica socio-territorial de los pueblos indígenas, sobre todo andinos. Se está planteando que una de las vías de descolonización es empezar a trabajar desde la lógica y la perspectiva del *ayllu*. Aquí un tema fundamental es la reactivación de las lógicas indígenas del manejo o administración del espacio territorial (continuo, discontinuo y compartido). Los pueblos indígenas no están pidiendo simplemente ser propietarios de la tierra, sino



la recuperación del territorio y esto, otra vez, nos remite al tema de la propiedad originaria de los recursos naturales. En esta perspectiva, la pobreza desde la representación de los pueblos indígenas es entendida no solo como la insatisfacción de las necesidades básicas –eso está bien para el PNUD– sino también, y sobre todo, como la des-poseción territorial. Por tanto, una política pública coherente con la perspectiva indígena es la re-territorialización y a esto, para decirlo con pocas palabras, se denomina la política del buen vivir, que en el idioma aymara (*jaqi aru*) tiene una expresión muy concreta, *suma qamaña*, que quiere decir el buen vivir, el bien estar, no solo el bien estar individual, sino también en y con relación al conjunto de los demás seres con los cuales compartimos la vida en este planeta, incluyendo a las deidades naturales. Se trata, entonces, de reconstituir nuestra condición humana en esta *pacha*, en este complejo mundo social y cultural, en el cual hoy nos corresponde vivir.

Así, pues, en mi país, las más importantes contestaciones, teóricas y políticas, se debaten entre la modernidad y la de-colonialidad. Les decía que, por las condiciones de extrema pobreza, no podemos renunciar a varias medidas modernizantes y modernizadoras. Estas disposiciones son necesarias y urgentes, y quizás no esté mal que lo hagamos, lo peligroso sería que nos quedemos entrampados en la sola modernización del Estado. Debemos y tenemos que enrumbar estas contenciones modernizantes hacia una perspectiva radicalmente descolonizadora. Esta es nuestra intención y éste es nuestro, horizonte histórico irrenunciable.

Lo más interesante es que estos procesos de cambio, que se están iniciando, tienen un fuerte apoyo de los movimientos sociales y este apoyo es la esperanza en Bolivia. Hay una participación muy intensa de los movimientos sociales, tanto de las tendencias indígenas como de las corrientes gremiales, obreras, etc. El empuje de estos movimientos socia-

...se denomina la política del buen vivir, que en el idioma aymara (*jaqi aru*) tiene una expresión muy concreta, *suma qamaña*, que quiere decir el buen vivir, el bien estar, no solo el bien estar individual, sino también en y con relación al conjunto de los demás seres con los cuales compartimos la vida en este planeta, incluyendo a las deidades naturales. Se trata, entonces, de reconstituir nuestra condición humana en esta *pacha*...

les, incluyendo la presión que ejercen sobre el gobierno, es una de nuestras más importantes garantías éticas y políticas. Creemos y estamos convencidos de que el camino de dignidad y soberanía que hemos re-iniciado (por la memoria de nuestros héroes indígenas), es un camino irreversible. Hoy ya es muy difícil –si no imposible– que los pueblos indígenas acepten las anteriores y tradicionales sumisiones.

Para seguir reflexionando

Un primer tema, muy importante, es ¿cómo avanzar en la descolonización de la gestión pública y del desarrollo económico? Esto tiene que ver con repensar la estructura misma del gobierno, que, así como lo hemos encontrado, es jerárquico, piramidal, además de extremadamente atomizado. A partir de este pequeño detalle, de la manera en que está organizada la gestión de gobierno, existe la necesidad de generar cambios profundos.

Una segunda cuestión, muy rápida, es que en este proceso de repensar, también hay que repensar las lógicas del Estado nación, particularmente del nacionalismo *q'ara* (mestizo-criollo), y madurar alternativas en consecuencia. En el actual gobierno de Bolivia, no solamente está presente la dirigencia indígena, sino que además hay una fuerte presencia izquierdista, de viejos militantes de la izquierda tradicional, cuya lógica es básicamente sindical y no permite, y más bien dificulta (estructuralmente) desarrollar políticas públicas desde una perspectiva radicalmente indígena, (entendida ésta como pueblo y no solamente como clase social). Aún persiste una lógica estrictamente gremial, meramente reivindicativa y, por tanto, funcional al Estado mestizo-criollo. Esta es una dificultad muy seria y pensamos, que el rumbo futuro de la descolonización de la sociedad y el Estado boliviano va a depender mucho de cómo logremos resolver esta contradicción, que todavía genera varias y muy graves vacilaciones entre la visión indígena y la visión izquierdista (moderna y, en el fondo, liberal).

Un tercer tema importante para nosotros es el de la resignificación o, si se quiere, transformación de la propia noción de poder. Como ustedes saben, la institución indígena del poder no es la autoridad alienada en unos pocos representantes, sino que tiene que ver con una lógica de la circulación-dispersión del poder en el conjunto de la sociedad. Esta estra-



tegia de circulación, de rotación, de turnos, que corresponde a cada pareja *chachawarmi* (no solo individuo), es lo que pretendemos que también se pueda expresar, a través de la Asamblea Constituyente, en una lógica diárquica de la administración del gobierno, del Estado. Así, hay varias otras estrategias indígenas que queremos que se vayan expresando a nivel de la economía, de la política, de la cultura.

Un cuarto tema está referido a la necesidad de repensar la organización territorial del Estado republicano. Les decía que una de las propuestas más fuertes del movimiento indígena, es la reterritorialización y esto simplemente en el potenciamiento de las condiciones básicas (elementales) de la vida de los pueblos y comunidades indígenas. Si hay algo que ha generado una fractura histórica profunda –Walter Mignolo diría herida colonial– en los Andes y la Amazonía, es la desestructuración del acceso a los múltiples pisos ecológicos. La reinstauración de este acceso a los diversos pisos ecológicos es una de las medidas más importantes que hay que desarrollar en Bolivia y hay que hacerlo de manera urgente. Esto es un ejemplo de lo que significa repensar la construcción moderna (eurocéntrica) del Estado nación. Gracias por vuestra atención.